

Inmigrantes de segunda

La adscripción étnica asignada (1)

Dolores Juliano.

Antropóloga. Universidad de Barcelona.

Límites y aportes del respeto a la diversidad

Además de enfrentarse a la complejidad implícita en todo sistema social a partir de la articulación interna de los sectores que la constituyen y que configuran sub-culturas específicas de clase, género o ámbito; la escuela tiene que tener en cuenta la existencia de sectores sociales calificados como externos al grupo -aunque convivan largamente con él- a partir de especificidades culturales relacionadas con adscripciones étnicas diferenciales. Esto ha originado los fenómenos estudiados en EE.UU. como *multiculturalismo*, que centran las polémicas políticas y académicas actuales, como lo muestran los trabajos de **Giroux** y los de **Domínguez**. El sistema educativo formal, cumple con relación a estos sectores una función ambigua: transmitiendo la cultura valorada socialmente, puede facilitar la integración de sectores discriminados y permitir ascenso social. Al mismo tiempo, a partir de sus prácticas y contenidos reproduce los modelos cognitivos que rotulan como otros y desvalorizan a los miembros de las minorías.

Las sociedades europeas actuales tienden a considerar el *multiculturalismo* principalmente en relación con los fenómenos migratorios. Estos a su vez constituyen realidades muy variadas, a partir de sus orígenes, motivaciones y proyectos. Las migraciones pueden responder a razones distintas: políticas, económicas o sociales y responder a proyectos también diferentes de los desplazados y de las sociedades de acogida; que a veces requieren la presencia de extranjeros y otras veces obstaculizan su ingreso y permanencia.

Ya en 1961, **Touraine y Ragazzi** habían relacionado las interacciones que se producen en la sociedad de llegada, con las actitudes que habían originado la partida. En su análisis (Pellegrino y otros p.180) establecían una diferencia entre aquellos que se desplazaban obligados por las condiciones del lugar de origen y sin un proyecto personal al respecto, y los que lo hacían por una motivación individual de conseguir condiciones de vida inexistentes en el lugar de nacimiento. En el primer caso la integración era difícil y se mantenía el deseo de retornar y reintegrarse en el lugar de partida. En el segundo, se procuraba adquirir formación y competencia en el lugar de llegada, la integración era buena y sólo se aceptaba retornar en caso de una mejora considerable del status. Si bien su trabajo se refería sólo a *Les ouvriers d'origine agricole* la relación entre actitudes distintas, condicionando la partida y posibilidades de articulación diferente en la sociedad de llegada, pueden constatarse en otros casos de movimientos de población.

Las refugiadas políticas, se mueven de su territorio nativo porque han realizado en él opciones político-sociales diferentes que las de aquellos que detentan el poder, y sufren por ese motivo algún tipo de persecución. Su proyecto de vida se relaciona con el país de origen y habitualmente se integran poco en la sociedad de acogida; salvo con los grupos que comparten sus mismas propuestas políticas. Se ven a sí mismas como visitantes temporales, que no pretenden modificar las conductas de la sociedad en que se establecen por un tiempo, ni las propias. Sus referentes mentales son los de la sociedad de la que se han visto

forzados a huir (por ej. republicanos españoles en Argentina y en México en los 40, o chilenos, argentinos e uruguayos en Cataluña a fines de los 70). En la medida en que constituyen una población adulta y con formación previa, sólo se relacionan con el sistema educativo del país de acogida a través de algún aporte de sus experiencias o conocimientos. No son normalmente objeto de planes educativos específicos.

Las inmigrantes económicas son los que optan, en un intento por mejorar sus condiciones de vida, por ir a vivir a una sociedad diferente de la propia, en la que no cuentan con fuerza, ni protección legal. Normalmente comprenden que tiene que adaptarse al nuevo contexto y están dispuestos a hacerlo, al tiempo que procuran estabilizarse en la sociedad de acogida. Son dialogantes por definición, y permeables a nuevos códigos y valores (si no tienen esa disposición abierta, no abandonan su lugar de origen, o si lo hacen retornan pronto). Frecuentemente aceptan cierto nivel de aculturación sobre sus modos de vida originarios, y valoran muy positivamente las interrelaciones con la sociedad de acogida. Suelen ser usuarios de los cursos de lengua y cultura del lugar de asentamiento.

Por distintas que sean las opciones de convivencia en cada caso, tienen sin embargo algo en común: se trata de adultas que han cumplido su endoculturación primaria en un lugar distinto del que enmarca su convivencia posterior. Son portadoras de sistemas de referencia, códigos de comunicación y experiencias históricas específicas. Ponen sobre la mesa de negociación la riqueza de estas experiencias diversas, y tienen la posibilidad de evaluar las nuevas vivencias en relación a las antiguas. Además pueden refugiarse, ante el rechazo o la discriminación, en su identidad de origen.

La estrategia de respeto a la diversidad propuesta por las organizaciones internacionales como solución a los conflictos interétnicos, tiene diferentes implicaciones en cada uno de los casos: ante un refugiado temporal resulta aconsejable la solidaridad política y el apoyo para que pueda volver a la comunidad de origen, ante un inmigrante permanente el diálogo y el respeto intercultural como punto de partida y la aceptación como punto de llegada.

Pero la expresión misma respeto a la *diversidad* es un concepto ambiguo que ha sido usado con igual frecuencia por los partidarios de una convivencia respetuosa y dialogante, como por los partidarios de estrategias segregacionistas. En su versión multiculturalista, reclama el respeto a tradiciones culturales diversas, desde las bases teóricas del relativismo cultural.

El *multiculturalismo* pretendía abrir las vías teóricas para la construcción de una sociedad más dialogante y respetuosa. Pero esta intención generosa se vió obstaculizada por el marco funcionalista del que había surgido. Si las sociedades se veían como naturalmente estáticas, consensuales y delimitadas por límites discretos, el respeto a la diversidad, se acompañaba naturalmente de ciertas restricciones a la comunicación. Este fallo teórico fue aprovechado por los segregacionistas, que desplazaron rápidamente su discurso del racismo tradicional, a la racialización de los fenómenos culturales (2).

Así el discurso del respeto a la diferencia, construido para superar el asimilacionismo, ha sido refuncionalizado para legitimar prácticas excluyentes, mediante un proceso al que **Taguieff** denomina retorsión. Las críticas que se han realizado a esta utilización del *multiculturalismo* abarcan distintos aspectos. En primer lugar por realizar un subrayado abusivo de lo que las culturas tienen de diferente, y omitir la gran cantidad de ámbitos comunes. Así subraya lo específico y deja de lado lo universal, pone en el eje de la interrelación lo que separa en lugar de subrayar lo que une. En segundo lugar porque corre el riesgo de uniformizar abusivamente las tensiones internas de las diferentes culturas (la receptora y la de los inmigrantes) como si no tuvieran contradicciones y diferencias específicas; con lo que el presunto respeto a la diferencia puede quedarse en legitimación de

los sectores de poder dentro de cada sociedad. En tercer lugar porque presupone como objetivo básico de todo inmigrante, la conservación íntegra de su patrimonio cultural de origen, en vista de un previsto retorno, cosa que en líneas generales sólo caracteriza a un sector de desplazados, los refugiados políticos, y aún entre éstos sólo a los de primera generación.

Para plantear un respeto a la diversidad que no sea recuperable por los neo-racistas, resulta necesario discutir los modelos estáticos, e intentar elaboraciones que incluyan como fenómenos normales el dinamismo y el cambio social.

Los de segunda

Encuadrado en el viejo relativismo, el respeto a la diversidad aplicado a las prácticas escolares de los inmigrantes de segunda generación, muestra con más claridad sus límites; ya que tiene consecuencias distintas según se refiera a adultos, portadores de los códigos culturales del país de origen, o de niños a endoculturar. En el primer caso se trata de respetar códigos y sistemas de valores ya establecidos, en el segundo implica una elección a priori, sobre la asignación de identidad étnica, a personas que tienen diversas opciones posibles.

Pese a que los hijos de los inmigrantes (y no los inmigrantes mismos) son los verdaderos receptores de las políticas educativas relacionadas con el sector, los modelos de adscripción utilizados socialmente producen una invisibilidad de este sector como segmento diferenciado y con posibilidades de desarrollar opciones identitarias propias. Esta invisibilidad se mantiene aunque la estrategia de adscripción del país receptor difiera. En efecto, en los países que han desarrollado políticas de asignación de nacionalidad de base territorial, y que han recibido importantes sectores de inmigración con intención asimilatoria (cuyos ejemplos más claros serían Argentina y EE.UU.) los hijos de los inmigrantes son por definición nacionales y no requieren una conceptualización específica. Pasan automáticamente al campo del país receptor. En forma complementaria y opuesta, en los países de adscripción por filiación - como son la mayoría de los europeos- desaparecen como sujeto de análisis específico porque son conceptualizados como una *segunda generación* de la etnia de origen de los padres. No se consideran explícitamente sus posibilidades de opciones específicas, porque resultan asignados culturalmente a la tierra de origen (3), aunque legalmente se les conceda la nacionalidad del país de acogida, o el derecho a optar por ella.

En realidad estas *segundas generaciones* implican problemáticas específicas y mucho más complejas que las de sus progenitores. Pese a ello han recibido mucho menos interés teórico. Con frecuencia las investigaciones se realizan sobre la identidad étnica de la población adulta y se transfieren los resultados a las niñas, o si se centra en ellas la investigación, se subrayan los aspectos psicológicos y se pierden de vista las interacciones y las influencias de las rotulaciones étnicas.

Sin embargo, si queremos entender las posibilidades de opciones étnicas de que dispone la segunda generación de inmigrantes, resulta necesario un análisis específico, que incorpore por lo menos dos nuevos conceptos: *horizonte vital* y *memoria familiar*.

Mientras que el/la migrante adulto ha realizado una opción individual y tiene un ámbito de refugio en los recuerdos y valores de la cultura de origen, el/la niña que ha nacido en la migración o llegado pequeña no tiene más ámbito de experiencias vitales que la sociedad receptora. No puede elegir ni comparar realmente. El horizonte de su actividad social, sus afectos, sus recuerdos, sus expectativas y su posibilidades de promoción, están completamente condicionadas por su inserción en la sociedad receptora. Esto lo reconoce la

ley, que suele otorgarles la nacionalidad de acogida, o permitirles optar por ella. El/la pequeña se siente igual que sus compañeras de clase y desea serlo, el ser rotulado como diferente sólo puede vivirlo como exclusión o rechazo. Además sus vínculos con la sociedad de origen de sus padres a menudo es endeble: además de la ruptura y enfrentamiento intergeneracionales; no dispone de recuerdos personales, ni ha experimentado lealtades ni conflictos, en el ámbito de origen. La tierra de los padres es un referente simbólico más o menos prestigioso, pero con poco peso como experiencia vital; la memoria familiar (en caso que sea transmitida) es un telón de fondo y no una fuente alternativa de opciones reales.

Para esta población, que es la que tiene mayor peso numérico en la actualidad en Europa, y la que se va configurando como predominante dentro de la migración en España, es tan dolorosa la marginación producida por un presunto respeto a su especificidad (que realmente tiende a encerrarlos en ghettos) como la experiencia de un asimilacionismo etnocéntrico que desconozca los logros y valores de su cultura de origen.

Una actitud dialogante de parte de los miembros de los distintos grupos culturales en contacto, apoyada en las últimas elaboraciones teóricas de las ciencias sociales, parece entonces la única solución satisfactoria. Si consideramos que cada cultura es el resultado de determinadas experiencias históricas y como tal parte de un proceso interminable de modificaciones, adaptaciones y reacomodaciones; veremos que cada experiencia tiene validez, pero al mismo tiempo forma parte de una secuencia de cambios, en los que los contactos e interrelaciones aportan la posibilidad de evitar errores y de ahorrar esfuerzos. Pero el respeto por las otras concreciones culturales (lo que implica en primer lugar conceptualizarlas como tan dinámicas y versátiles como la nuestra) no significa de ninguna manera encadenar a cada persona a su cultura de origen. El marco cultural de referencia puede mantenerse, a pesar de que las personas circulen fluidamente a través de las fronteras étnicas, como propone **Barths** desde la década del setenta. Una cultura no es una jaula, es un conjunto de códigos a partir de los cuales damos sentido a nuestras experiencias. Es por naturaleza mutable, no sólo en sus contenidos sino en sus reglas de funcionamiento. Las personas pueden optar, a partir de esas bases, por reafirmar o difuminar sus límites de pertenencia. Lo razonable es respetar las diferentes concreciones culturales (a fin que nadie pueda sentirse avergonzado de su origen) y permitir al mismo tiempo que cada persona opte por el sistema de interpretación de la realidad con el que se sienta más afín, suprimiendo las barreras defensivas entre culturas, que no resultan más que obstáculos para su libre desenvolvimiento.

La identificación frecuente que se realiza entre las metas y objetivos de los migrantes de primera generación y los de aquellos nacidos o criados en el país de acogida, transforma a estos en inmigrantes de *segunda* en la medida que sus problemas y aspiraciones se leen a través de una generalización abusiva de estudios realizados fundamentalmente sobre otro sector social: la migración adulta.

En estas condiciones la estrategia escolar resulta mucho más compleja que cuando se encargaba de la simple transmisión de una *cultura*, considerada como universalmente válida. En la actualidad intenta simultánea y contradictoriamente, integrar a los pequeños inmigrantes, al tiempo que respeta y valora sus especificidades, es decir aquello que tienen de diferente. En la medida que este desafío no se puede solucionar a base de voluntarismo sentimental, los maestros generan una demanda de apoyo teórico que sólo les puede venir del campo de las ciencias sociales.

El nuevo campo teórico exige desarrollar categorías conceptuales específicas que permitan matizar los análisis generales. El reconocimiento de la especificidad de los problemas propios de las diferentes categorías de migrantes según sus objetivos iniciales y los problemas específicos de interrelación que afrontan, tiene que acompañarse del

reconocimiento de la existencia de problemas específicos de identidad étnica para la *segunda generación*, que no constituyen una simple ampliación (ni suavización) de los que afectan a la primera. Implica re-pensar los discursos teóricos para adecuarlos a describir una realidad más matizada, donde ser la segunda generación, no implique un tratamiento de segunda.

NOTAS

(1) Una versión ampliada de este artículo se encuentra en prensa en el libro de varias autoras. El fundamentalismo escolar. Barcelona. Edit. Virus.

(2) Small y Domínguez señalan la coincidencia de las actuales delimitaciones culturales, con las antiguas demarcaciones por razas, y Anthias y otros marcan el mismo fenómeno en lo relativo a la discriminación de las mujeres de distintas minorías. En España el fenómeno de racialización ha sido denunciado por Alegret, y configura lo que Stolcke denomina fundamentalismo cultural.

(3) En un artículo de 1987 El discreto encanto de la adscripción étnica voluntaria, analizo con más detenimiento las diferencias entre ambos tipos de modelos de adscripción y sus consecuencias para las relaciones entre los grupos.

Bibliografía

Alegret, J.L. y otros (1991): *Cómo se enseña y cómo se aprende a ver al otro*. Ajuntament. Barcelona.

Anthias, Yuval-Davis, and Cain (1993): *Racialized Boundaries*. Routledge. London.

Balibar, E y Wallerstein (Edit) (1988): *Raza, nación y clase*. Iepala. Madrid

Barth, F. (Comp.) (1976): *Los grupos étnicos u sus fronteras*. México. Fondo de Cultura Económica.

Domínguez, Virginia (oct. 1994): *A Taste for the other*, en Current Anthropology.

Giroux, H. A. (1992): *Border Crossings: Cultural Workers and the Politics of Education*. London. Routledge.

Juliano, Dolores (1987): *El discreto encanto de la adscripción étnica voluntaria* en Procesos de contacto interétnico (Ringuelet Comp.) Ed. Búsqueda Bs. As.

Juliano, Dolores (1993): *Educación intercultural. Escuela y minorías étnicas*. EUEMA. Madrid.

Pellegrino, Faria, Neves, Santos y Silvano (1986): *Espace et Developpement. Developpement spatial et identites regionales au Portugal*. Tomo I CRAAL-Unesco. Genève.

San Román, Teresa (1995): *Los muros de la separación*. Ensayo sobre heterofobia y filantropía. Edic. Univ. autónoma. Barcelona.

Small, Stephen (1994): *Racialised Barriers*. Routledge. London.

Stolcke, Verena (1995): *Talking culture: now boundaries, now rhetoric of exclusion in Europe*. Current Anthopology. Vol 36 nº1 (pgs. 1-24).